

2/1

LLLL 17
18



MANSION POSTRERA

de Fray VICENTE FERRER

FRANCISCO J. LLOP LLUCH

¿Cómo describiremos con manifiesta similitud la plazuela «des Orfevres» ahora de Valencia, en la ciudad francesa de Vannes?

Pues, con edificios de dos plantas, techados agudos de pizarra, surmontados por innumerables chimeneas de un remate que semeja macetas, espacio casi cuadrado, muy parecida a la nuestra valenciana de la Virgen de la Paz adosada junto a la iglesia de Santa Catalina, con un tanto de desnivel hacia el lado derecho y la proximidad de esa entrada de mar a unos doscientos metros poco más o menos —puerta de San Vincent—, que busca a esta ciudad del departamento de Morbihan.

Plaza de tonalidades desleídas, acogedora sin contrastes, de colores amables, acariciantes...

Ya con esto y viendo la fotografía que centra este trabajo bien podemos empezar a recorrer, vosotros conmigo, tal plazoleta y casa donde murió Fray Vicente Ferrer, nuestro santo dominico valenciano.

Digamos también que sólo vimos buen sol y algunas pocas nubes. Algo de viento y nada más desfavorable clima.

Así es para siempre la impresión que tenemos de la Bretaña francesa: de un radiante sol (¡¡). Pero el pavimento de losetas de granito y los intersticios con musgo, nos hacen comprender el tiempo imperante.

La casa donde murió San Vicente, es como la mayoría. Nada destacable en el exterior, porque imágenes escultóricas en hornacinas existen una infinidad.

Entramada de madera, ventanas, ningún balcón, basamentos de piedra, columnas talladas de sencillos capiteles, algunas cercanas con figuras alegóricas ya pétreas, ya en madera, esa madera pregonera de tanta intemperie, sufrida y con tanto desgaste, pero aún podrá soportar otro medio milenio quizá.



¡Cuánto nos sobrecoge el intenso recogimiento de esta placita, descartando en algunas horas —no siempre—, los innumerables coches que la invaden, pero eso sí, con esa llamada actuación del ciudadano francés!

Sobre la placa que dice así: «Place de Valencia», hornacina de medio punto estrecha y en ella la imagen muy rústica del fraile dominico que aquí por designio del Señor exhalara su alma y por la inmensa devoción de estos ciudadanos bretones aquí permanecerá por siempre.

Advertimos la efígie. Es tal como transcurriera por aquí. Nada de corona ni de filacteria. Es un fraile adorado por todos, reverenciado por todos, admirados de la cosecha de milagros pero desposeído de todo emblema de santidad.

Tal circunstancia es secuela de la Revolución de 1789 que despojábales de cualquier atributo inmarcesible. Ya viejo, a veces cubierto con la capucha, sin la Biblia dando a entender su excelsa capacidad, su elocuencia.

La placita, piedra granítica por doquier, en los basamentos, temple en sí, más candidez y amabilidad en los habitantes que dialogamos.

Volviendo a referirnos a la imagen es, al menos lo parece, pieza del XV.

Y como pierde su color, al volvérselo a restaurar de reciente, nos hace dudar de cuándo fuere tallada.

Pero ¡qué encanto de ventanales con sus cortinajes sólidos, espesos que cierran toda comunicación en el exterior!

Mas penetremos por el estrecho y largo pasadizo en el que por escalera de madera —casi siempre crujiente—, nos conducirá a las habitaciones convertidas en capillitas, lugar exacto donde falleciera el Santo.

Puede llegarse por dos.

Unos dieciocho peldaños, no recordamos, tal era la extraña sensación que nos dominaba.

Un patiecillo al aire libre, pero como casi siempre, exhumando humedad y con el inmenso silencio, el gozo de encontrarse en la capillita ya entrevista en postales, y solos, —mi hijo mayor y yo—, en tal recóndito lugar.

Una vez junto a la puerta de esta sala-capilla, nos sigue envolviendo la sobrecogedora tranquilidad.

Imagen de unos treinta centímetros de madera centra el altarcillo.

Como casi todas esculturas se le representa viejo, abrigándose con la capucha la diestra mano ya no muy erguida, la otra sujetándose el manto, dando con ello sensación de frío.

Por doquier, lados, bajo, e incluso en el pavimento junto al basamento del consabido lugar sagrado que proseguiamos describiendo, placas y más placas de mármol blanco con escuetos agradeceres —merci—, es la palabra que predomina.

Advertimos que para llegarse a este lugar hay que descender varios peldaños —vuelve a fallarnos la memoria—, cinco o seis, no lo aseguramos.

Silencio estremecedor. Calma sublime. Instantes tensos en los que no osábamos ni «alengar».

Al adentrarse en esta santa habitación, nuestro primer paso nos vuelve a conmocionar —aún ya estando desde que llegamos acá atemperándonos a ello—, porque el quejido, lamento que surge al dar un paso en este lugar, fue como el encuentro, el suspiro que une a quienes mucho se estiman, sentir el alma la presencia de Fray Vicente Ferrer en este tan deseado lugar por nosotros, conocido y comentado siempre con gran veneración.

Sabido y resabido es siempre con gran emoción porque de labios de nuestra madre —nacida, ¡cómo aún se alegró al referirlo!, en la calle del Mar, la misma en la que nació él—, y también de la abuela... ¡cuánto recopilar recuerdos ahora en este oratorio!

Volviéron a amontonarse más y mejores instantes de las fiestas de nuestra niñez.

La imagen del Santo del más antiquísimo altar de la plaza dels Ams, guardada todos los años en casa del Clavario Perpetuo don Vicente Marín Bosque, que habitaba en la calle de la Leña junto al templo de la Patrona de Valencia.

Las visitas a la casa Natalicia todos los lunes de año, debido a la promesa de una grave enfermedad de mi her-

San Vicente Ferrer

y el prodigio de la calle de la BOLSERIA

Por Rafael Roca Miquel

La calle de la Bolsería, en Valencia, tiene un fascinante atractivo melancólico para los buenos valencianos. Su abolengo comercial y el privilegiado enlace urbano para unir el centro antañón de la ciudad, con sectores periféricos densamente poblados, hace que su tránsito sea fluido y aglomerado. Por su condición de calle vieja, tan antigua como la propia estructuración de Valencia, tiene resonancias históricas que la sitúan en un primerísimo plano de actividad local; como arteria principal ha presenciado incontables acontecimientos a lo largo de infinitas épocas.

La Bolsería es una calle luminosa, atareada y bulliciosa, famosa por la tradicional vida comercial, al estar llena de tiendas antiguas. De tiempo inmemorial se llama así y enlaza la plaza del Mercado con la trajinada calle de Caballeros y Quart. El nombre le viene por la remota presencia, en las plantas bajas de la calle, de artesanos cordoneteros, guanteros y otros obradores que construían bolsas y bolsillos de seda, hilo, estambre y piel. Principalmente se debió el nombre a los guanteros que se llamaban también bolseros, reconocidos en la profesión y en las ordenanzas que redactó el gremio, en 17 de mayo de 1741 y que se aprobaron por Real Orden de 19 de octubre de 1747. Antiguamente denominaban a la calle

de la «Bolsería» como se debe pronunciar en lengua valenciana y así la nombra un bando de 11 de diciembre de 1371, para marcar la procesión en obsequio a Santa Lucía, pidiendo «serenidad, lluvia y buen tiempo»; y en otro bando muy posterior, de 29 de noviembre de 1581, por la entrada del virrey, don Francisco de Moncada, conde de Aytón, y del célebre don Enrique de Guzmán, conde-duque de Olivares, que vino a Valencia para embarcar a Italia, donde iba destinado de embajador a Roma. «Bolsería» escribe el famoso y festivo poeta Jaume Roig, refiriéndose a las bolsas o «boses» que, como las escarcelas, pendían del cinto.

Estos fabricantes se llamaban «bosers» y también «tireters», según un documento de 5 de junio de 1531, esencialmente porque hacían unos cordones o tiras delgadas de piel que terminaban en un pedazo de hojalata, o hilo de alambre que servían para «cordar» los jubones o juboncillos, llamados en valenciano «gipons» que usaban así hombres como mujeres. Con el nombre de Bolsería ya se encuentra escrito el de esta calle en un impreso de 1656; Luis Vives la designó en latín con esta frase: «perviam crumenarum», que Coret traduce por Bolsería.

Cuenta el padre Jordán, biógrafo y cronista, hablando del venerable fray Jaime López, de la orden de San Agustín, que San Vicente Ferrer cuando pasaba por la calle de la Bolsería se descubría siempre la cabeza delante de una casa, aunque no hubiera persona a quien saludar, lo cual, advertido por su acompañante, le preguntó por qué se descubría delante de aquella casa: «porque de ella, contestó el santo, ha de nacer un gran siervo de Dios que ha de ilustrar mucho a la Iglesia». Este siervo de Dios fue el citado venerable López que nació el 16 de julio de 1616, ciento noventa y siete años después de haber fallecido el famoso dominico. La casa a que se refiere el memorable suceso, según contaba la tradición de la gente, se llamó «de los siete durmientes», porque un día, al anochecer, estando en oración la familia completa, uno de los hijos, teniendo en brazos al expresado venerable, siendo muy niño, se quedaron todos durmiendo hasta el amanecer, de manera que quedó abierta la puerta de la casa toda la noche y sólo despertaron cuando les llamó un amigo que acertó a pasar por ella.

Lástima que el historiador Boix, de quien hemos tomado estas notas, en su sustancioso relato (1850), no especifique dónde estaba la prodigiosa casa. Con toda seguridad que fue derribada, pero de conocerse este detalle nos quedaría el consuelo de poder indicar dónde estuvo y emocionarnos al pensar que San Vicente Ferrer, cuando pasaba por la Bolsería, al llegar a la casa privilegiada se descubría y la contemplaba, nosotros haríamos lo mismo recordando al ilustre paisano.

mano pequeño, o de asunto económico bastante grave, de un acontecer insoslayable...

Vivir, suspirar, en el mismo espacio donde él lo hiciera ya finalizando su vida.

Y aún pasamos bastante tiempo admirando sobre todo esa ventana por donde la bandada de palomas cruzara en la tarde de aquel 5 de abril de 1419.

Lugar desapercibido pero, ¡qué devoción y grandeza nos proporciona!

A diversas horas volvimos acumulando paz al espíritu y tranquilidad en los inconvenientes aparecidos para coronar este propósito de peregrinar a Vannes.

¡Cómo revivimos aquellos últimos momentos de su vida! Suspiros, lamentos de los Duques de Bretaña y familiares, P.P. dominicos, fervientes devotos bretones. El callado instante, vivido en toda su llaneza y candidez nos impresiona muy íntimo, ¡qué evocaciones nos sugería el tiempo pasado en esta humilde sala!

En las otras veces que ya más serenos regresamos, al sernos más familiar el ambiente, íbamos recordando de las biografías, aquellos días postreros, los intentos un poco antes de embarcarse para volver a Valencia... Una tarde, cuando ya la luz iba diluyéndose, cuando las sombras se apoderaban del día hasta perder el contorno, la silueta de objetos e imágenes, con un dejar correr la sensibilidad nos incluimos parte del afortunado grupo que asistía a este santo tránsito... ¡Con qué ánimo sentimos florecer esta intensa devoción hacia él en el mismo espacio donde su cuerpo empezaba a escalar la santidad eterna.

En otras dos habitaciones hay unas pinturas ex-votos, más alegorías conmemorativas de esta reciente fecha centenaria de la Canonización.

Mas dejaremos para el próximo año, D. m., el relato de tales espacios y sus características.